# Ciudad libre

## João Almino

**Pasaje # 1 de *Cidade Livre***

En el estado en el que estaba y ya con ochenta años, papá, cuando se olvidaba de un detalle, inventaba otros y hasta fabricaba fechas precisas, pero yo también fui testigo de muchas cosas cuando viví en la Ciudad Libre de los seis a los diez años de edad, antes de mudarme con tía Francisca a una de las casitas de la W-3 Sur en el Plano Piloto, y podía, por lo tanto, completar y corregir la memoria de papá con la mía, bastando, para empezar a construir la historia, rellenar las frases secas que oía de él con sol, polvo, lágrimas y miedo, y también con todo lo demás con que debía hacerse una historia de la Cuidad Libre: con máquinas y tractores, con hormigonera, excavadoras, motoniveladoras, rollos Tander, usinas volumétricas, grúas, con estacas Franki perforando el suelo, con simples tablas de madera y también con noches, bares y prostitutas. Una historia que yo podía contar como epopeya de hombres y máquinas creando una nueva ciudad, candangos, muchos candangos, sobre todo hombres que llegaban sin sus mujeres con la esperanza de ser contratados en las empresas constructoras, trayendo valijas de madera y atados de ropas, una jarrita de aluminio y un cuchillo atados al cinturón, como era la costumbre de Valdivino.

Hace seis meses que murió papá y que decidí concluir el libro, meses que a veces han cubierto de luto estas palabras, y que otras me han ayudado a excavar del olvido algunos brillos de vida, mientras recojo frases en el desierto, a tal punto que mis amigos del periódico notaron mi indiferencia con las discusiones políticas del momento – justo yo, que ya fui tan inconformista y combativo. Mi vida transcurre en dos planos distintos: llevo los chicos a la escuela, llamo al plomero para arreglar el grifo de la pileta, limpio la piscina y, al mismo tiempo, es como si estuviera viviendo en

un mundo otro, de historia única y eterna, que aún no conozco completa y que yo mismo voy intentando componer.

Con este capítulo casi escrito y otros a camino, llenos de notas y partes ya escritas, me quedo sentado a la mesa del balcón, apoyando mis codos en su tablero de vidrio, fumando mi pipa, tomando café o bebiendo Campari, oyendo sapos al principio de la noche, recordando otros sapos, y de repente una mortaja cubre todo, hasta el bello paisaje frente a mí, y esta historia comienza a avinagrarse. Paro, respiro el aire de allá afuera, veo las luces de la ciudad brillando sobre el lago, hurgo en otros rincones de los recuerdos y sigo noche adentro, desbastando caminos de inquietud, a veces por horas y horas sin avanzar una línea. En otras, trato de contener el raudal de palabras que bajan desorganizadas de un fuerte recuerdo, como cuando me contaron detalles de la posible muerte de Valdivino, me sentí traicionado por tía Francisca y salí de casa peleado con papá. Lo peor es que hasta ahora el blog no sirvió para nada, ningún seguidor, ningún comentario útil, tal vez porque yo quiera esconder la verdadera razón para estar aquí escribiendo, razón únicamente mía, de quien trata de disfrazar en las palabras el sufrimiento y el martirio humano, de quien fue abandonado por todos los dioses y aun así espera por el renacimiento y el descubrimiento, de quien se siente culpable por la muerte de su padre. Sin embargo no quiero hablar de mí, no soy tan loco como dicen los médicos, no soy paranoico ni estoy fantaseando nada, mi locura fue apenas temporaria, y ya de eso hace muchos años.

Hubo una época en que yo tenía ocho años y en el que papá era mi modelo de gran hombre, severo y justo en las decisiones; una época en la que él era culto, inteligente, sabía de todo y me trataba como un hijo de verdad, su autoridad exprimiéndose en los gestos enérgicos y en las frases cortas. Las desgracias que lo habían golpeado antes de venir a la Ciudad Libre no lo habían amargado. Pero no lo conocí de una sola vez, la imagen que de él hice se fue componiendo a lo largo de los años e, incluso ahora, después de su muerte, aún no está completa. De una novela se esperaría que no hubiese dudas sobre los contornos morales de los personajes principales o sobre hechos decisivos de sus vidas, y por eso por suerte no fabulo y debo contentarme con lo que sé. ¿Para qué tratar de corregir en el papel lo que en la vida estuvo equivo-

cado? ¿Para qué forjar una respuesta para aquello que se presenta apenas y siempre como incógnita?

Si yo pudiera seguiría la charla con papá. Lo extraño, y mi corazón mezcla sentimientos que no deberían estar mezclados, de ternura y odio, mientras me quedo dándole vueltas a sus palabras, y un viento fuerte golpea las palmeras, secreteando suposiciones y ayudándome a martillar el teclado de la computadora.

Miro hacia el fondo del jardín, donde, en lo oscuro, árboles bajos, que planté hace un año, se agitan nerviosas. Veo un bulto. Papá!, llamo. Silencio. Aún oigo su voz, como eco, allá en el fondo de mi miedo. ¿Qué dice? Repite la versión de Íris: Valdivino nunca se murió. Ya no protesto, la rabia de antiguamente, revisitada, sólo es recuerdo de rabia, acepto lo que me dice, con su voz frágil y enferma, cargada por el viento. Papá!, lo llamo nuevamente y me caen lágrimas de los ojos, mientras gira en mi cabeza un torbellino de imágenes, de ideas y de sentimientos contradictorios, y entonces me veo niño, el chico llorón de quien tía Francisca se quejaba, antes de acariciarlo en su falda.

Justo después que se apagaban las luces del generador, yo cerraba los ojos, nunca lograba ver el bicho del sueño que tía Francisca me decía que venía a ponerme a dormir y temía que Valdivino se me apareciera y me culpara por su muerte. Los chicos tienen esas cosas, él se aparecía en mi miedo con su modo tímido y supersticioso, haciendo sus preguntas sin sentido, llorando por cualquier cosa, llorando tanto en uno de mis sueños que a mí alrededor se formaba un charco de lágrimas, y aún así yo no me emocionaba. ¿Pero estaría muerto?

Mi insomnio de hoy es la prolongación de aquellas horas cuando, en la oscuridad de la noche, oía ruidos de borrachos por la calle, los ladridos de mi perro Tufão, las araras que vivían en el fondo de la casa o algún búho solitario, y abría los ojos para el caleidoscopio de grises y negros que dibujaban monstruos en las paredes.

Para dar vida a la historia, bastaba transportarme a un día de mi infancia, imaginarme en medio a una avenida de la Ciudad Libre, y entonces vería a mis tías desfilando sus formas y morisquetas, Valdivino sentado en frente a una mesita transcribiendo cartas, papá conversando en la puerta de un bar, una niña de trenzas y

ojos negros andando de bicicleta, Tufão siguiéndome, y vería el colorido de las tiendas, los edificios de madera, coches gorditos y negros estacionados en la banquina con sus ruedas exhibiendo círculos blancos, y entonces subiría un olor a gasolina, a aceite, a basureros y bosta de caballo, y aparecerían en pantalla grande y a colores historias de crímenes, pecados, desesperaciones y grandes futuros.

Miro hacia un día de mi infancia y veo tres personajes masculinos conversando en frente a nuestra casa, para donde tía Francisca acaba de traer algunas sillas, y ni siquiera necesito describirles la casa de madera y sin vereda igual a tantas otras que se ven en las fotografías de aquellos tiempos, frente a la cual, les iba diciendo, los tres personajes conversan conversaciones silenciosas, gesticulan frases, enuncian palabras que no oigo o, si oigo, no entiendo y, si entiendo, no me interesan, uno de ellos de rostro oval, blanco y bien afeitado, con alguna marca de disgusto, mirada aguda y jocosa, expresión de hombre exitoso, que acumuló experiencias por la vida. Tufão está sentado a su lado, oyendo las charlas con la oreja parada. Es papá.

El segundo, con las manos para atrás de las cuales cuelga un sobrero, tiene un cuerpo musculoso y bien moldeado, aire firme y franco en su rostro quemado por el sol, bigotes bien recortados, y quien lo mirase sentiría envidia de su apariencia feliz. Es Roberto, cuando aún no se sabía si sería novio de tía Francisca o de tía Matilde.

El tercero, de una simplicidad tosca, con un sombrero demasiado grande para su pequeña cabeza, es hablador, parece inteligente y es el único con espuelas en las botas, habiendo llegado montado en un burro, pero, si atrae mi atención, es por su fragilidad. Cuando saca las manos de los bolsillos, gesticula sin parar, se mueve para el frente y para atrás sobre sus piernas de cabrito y da la impresión de que saldrá volando si soplado por el viento. Los otros dos, cuando pasan por él, lo miran de arriba abajo. Por la descripción ustedes ya habrán adivinado: es Valdivino.

¿Qué nostalgia es esa que sentimos de una felicidad inventada por el recuerdo? No, no es de hoy mi desconfianza ni mi duda, que estaban ya ahí desde mis tiempos de niño, pero tuve que esperar varios años para percibirlas. Mis deseos cambiaron, mis aspi-

raciones son otras, fui exitoso antes de perder casi todo, pero las horas pasan de la misma forma en otros relojes, y el sol, delante de las construcciones que llenaron el paisaje, pinta con los mismos colores la mañana e igualmente los esconde en el crepúsculo. Usted, mi único y fiel seguidor del blog, tiene razón, ¿por qué revolver en lo que está quieto y olvidado?

En aquella primera noche en la que reencontré a papá para quitarme mis dudas, él negó el asesinato de Valdivino, era delicado para mí resucitar la antigua sospecha, y era mejor, me dijo, creer en la versión de la profetisa del Jardim da Salvação, Íris Quelemém, que Valdivino no se había muerto y que tal vez no se muriera nunca, fuera siempre un insomne y un sonámbulo, aún andaba suelto, caminando día y noche por la floresta, en busca de Z, la ciudad perdida. Deja eso, João, son aguas pasadas.

A veces, cuando me quedaba ensimismado en mis devaneos, me invadía la memoria nuestra vida en la Ciudad Libre, hecha de lugares y escenas, así como de historias de papá, de mis tías y de otros personajes a nuestra vuelta –entre ellos, principalmente Valdivino–, las cosas, los hechos y personas de mi infancia exhibidos como en una enorme fotografía de familia o como en un tablero distante donde la variedad ya se había deshecho en la uniformidad impuesta por el tiempo. Solamente papá podía, por primera vez, reorganizar las piezas de aquel tablero y retirar de la inmovilidad mi memoria. Es que él no está muerto, nadie lo mató, me contestaba papá, está viajando o apenas durmiendo, como dijo Íris.

## Pasaje # 2 «Segunda noche: De cuerpo y alma»

En la segunda noche, cuando busqué a papá para completar mi historia de la Ciudad Libre, él me recordó, entre cuatro paredes de un blanco sucio, que, pocos días antes de la inauguración de Brasilia y, por lo tanto, del supuesto asesinato de Valdivino, había reunido todo lo que hubo escrito desde que llegamos en 1956, juntando allí también declaraciones que él pudo recoger de gente famosa sobre la ciudad en construcción, y escribió un artículo, su primer artículo, con el cual pretendía marcar la fecha.

Creía que había llegado, con Brasilia, su momento de gloria, sobre todo porque, desde abril del año anterior, después de intentos frustrados, había logrado obtener algún reconocimiento de la asesoría del presidente para su actividad de acompañar los visitantes ilustres, recibiendo la autorización para hacerlo en dos ocasiones, cuando habían estado en Brasilia el primer ministro cubano, Fidel Castro Ruz, y el escritor y ministro de Cultura de Francia André Malraux. Había preparado, entonces, aquella materia que, en un papel amarillento, encontré entre los documentos desenterrados, y la había enviado a un periódico carioca[1] y también a *A Tribuna*, un semanario que había sido fundado en la Ciudad Libre en 1958.

Papá no lograba pillar ni una sola frase de la charla entre JK y Fidel Castro, en la biblioteca del Palacio de la Alvorada, en el día 13 de abril de 1959, y lo que le había servido de base a su artículo fue el relato de JK que había oído de terceros y transcripto minuciosamente en uno de los cuadernos *Avante* que consulté. Hizo muy bien, decía, asertiva, tía Matilde, a propósito de Fidel, al leer que JK no había podido dialogar con él sobre la Operación Pan-Americana, porque él, en palabras de JK, «no comprende el diálogo», «es hombre de monólogos», había hablado durante dos horas sin parar, y, cuando el presidente brasileño intentó interrumpirlo para el almuerzo a la una de la tarde o amagaba con levantarse, Fidel lo tomaba del brazo y hablaba con más vehemencia, lo que hizo que el almuerzo terminara tres horas después. El presidente debería haber aprovechado para aprender al menos el abecé sobre el comunismo y la revolución cubana, provocaba tía Matilde, a lo que papá contestaba, Pero yo oí en la radio, una semana después que Fidel se fue de aquí, que él en los Estados Unidos aclaró el malentendido diciendo al vicepresidente Nixon: «yo sé que el mundo piensa que somos comunistas, y yo he dicho muy claramente que no somos comunistas; muy claramente» – papá enfatizaba con su tono de voz las palabras «no somos» y «muy claramente», Pero eso fue en la prehistoria, retrucaba tía Matilde.

---

[1] De Rio de Janeiro.

Creo que fue por aquella época que tía Matilde empezó a tomarle el gusto a la idea de revolución, influenciada por Roberto y acompañando las noticias sobre las coaliciones campesinas del nordeste, y, si bien en aquella época yo no entendía sus puntos de vista, un día llegaron a sellar mi cercanía con ella. Tía Francisca buscaba alejarla de aquella idea, Quieren destruir todo, quitarle a unos para darle a los otros, Y tú, que eres tan religiosa, deberías estar de acuerdo, pues es eso lo que enseña la religión, No con destrucción ni con violencia, no es quitándole a la fuerza del que tiene, Yo quería ver una revolución, decía yo, a lo que papá replicaba, No digas tonterías, João, esas son locuras de tu tía, las leyes deben ser respetadas, para eso existe el derecho de propiedad, nadie me va a tomar lo que tengo, Pero tú no eres latifundista, no tienes a que temerle, afirmaba tía Matilde, En una revolución, ni Roberto se salvaría, iría a ser guillotinado, como en Francia, preveía tía Francisca, Los tiempos son otros, decía tía Matilde, Bueno, sería fusilado, corregía tía Francisca, eso es de la boca para fuera, es teoría, ella no puede estar hablando en serio, hace eso para provocarnos, ella tiene una vida cómoda, no querrá perder su comodidad, provocaba papá, La familia de Roberto tiene tierras, entonces esa su postura es puro bla-bla, él no querrá perder herencia, quiere apenas divertirse y divertirnos con sus ideas, agregaba tía Francisca.

Cuando hablaba de revolución, Roberto discrepaba con tía Matilde, pues para él la economía no estaba en colapso ni el Estado en completa falencia, no vivíamos la crisis final del capitalismo, ni la corrupción era tan grande así, él le tenía simpatía al gobierno, No se puede creer en todo lo que andan diciendo por ahí, Matilde, dime ¿quiénes son los corruptos? Estamos en un bote agujereado, Roberto, insistía tía Matilde.

Es cierto que, día más día menos, aquí también habrá una revolución, concluía tía Matilde. Sería una desgracia, afirmaba tía Francisca. Los capitales desaparecerían, se terminaría la industria, entonces sí que la economía se iría al infierno, ¿de qué sirve distribuir pobreza?, argumentaba papá, a quien lo que importaba eran sus propias cuentas: si salía lucrando, la economía y el país iban bien. Podría ser al principio, pero después llegaría el progreso, como sucedió en la Unión Soviética, respondía tía Matil-

de. El comunismo nunca prosperaría en Brasil, nuestro carácter no es para eso, contestaba tía Francisca. En aquella época yo me sentía más cercano a tía Francisca de que a tía Matilde y creía que tía Francisca, y no tía Matilde, tenía razón, exactamente lo contrario de lo que ocurrió años después, cuando, ya adulto, reencontré tía Matilde en circunstancias que un niño aún no podía imaginar.

El artículo de papá, que no reflejaba toda la riqueza de aquella discusión, reproducía la frase que Fidel, según contó JK, habría pronunciado con cierta emoción en el helicóptero a camino del aeropuerto al ver desde lo alto la ciudad en construcción: «Es una felicidad ser joven en este país, presidente.» Ya los discursos de André Malraux, del 25 de agosto de aquel mismo año de 1959, papá pudo transcribir casi en su totalidad, en ellos citando que Brasilia era «la ciudad más audaz que Occidente había concebido» y «la primera de las capitales de la nueva civilización». En el mismo artículo, papá daba a entender que había acompañado a Georges Mathieu en la visita que este pintor francés hizo a Brasilia el 17 de noviembre de 1959, cuando se refirió a la construcción de Brasilia como «el nacimiento de un milagro» y «una de las mayores epopeyas de la historia de los hombres, tal vez la mayor... si Valéry hubiera visto Brasilia, tal vez dudaría de la mortalidad de las civilizaciones. Después de siete siglos, en el curso de los cuales la búsqueda de evidencia nos ocultó la verdad, nuestro Occidente reencuentra el camino de su verdadera vocación, por la ruta de Brasilia. ¡Nunca el mundo tuvo tantas razones de esperanzas como tiene hoy con ustedes, brasileños!» Finalmente, papá concluía su artículo citando las palabras que el crítico de arte José Gudiol había pronunciado en septiembre de 1959: «Brasilia no es apenas el mayor emprendimiento llevado a cabo en nuestro mundo, sino un intento loable para hallar el camino de la libertad internacional de la humanidad.» Aquella era la meta mayor, repetía papá a tía Matilde, cuando ella lo provocaba con sus críticas: la libertad internacional de la humanidad. ¡Y yo creía en eso!, decía ella, irónica.

La materia no tuvo repercusión, pero explica porque papá logró ser invitado como periodista a la inauguración del primer

gran periódico de Brasilia y también a la fiesta que tendría lugar en el Palacio del Planalto en la noche del día 21 de abril.

Un día antes de la inauguración, en la mañana en que me desperté soñando con los pechos de tía Matilde, papá me había obligado a leer su artículo y me había dicho, João, un día lo entenderás, tienes que asistir a la fiesta de inauguración de Brasilia, aquí se está haciendo historia. Y entonces me dio de regalo, además de una camisa de lino blanca, un reloj, mi primer reloj –un segundero suizo marca Bulova–, para que me acordara exactamente a qué horas cada ceremonia ocurriría. Esto jamás se repetirá, pon atención a todo lo que sucederá en esos próximos dos días, lo entenderás, este regalo es mejor que una bicicleta –y luego me imaginé exhibiéndolo a la niña de trenzas en una calle de Velhacap.

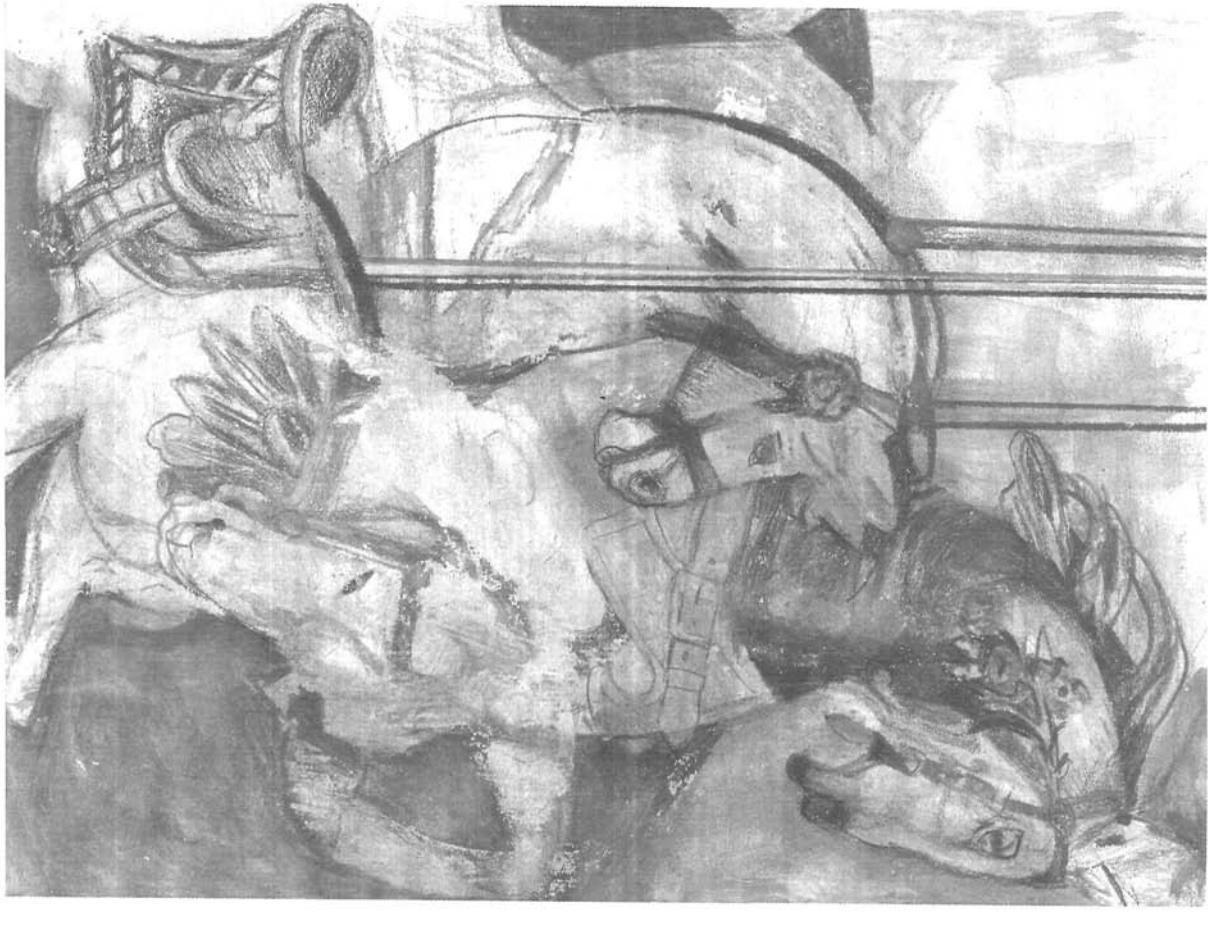
Otras veces papá me había recomendado que grabara fechas que él consideraba marcos de construcción de la ciudad o entonces me decía, João, grábate esta historia, y narraba hechos de los cuales se había enterado, como cuando Sayão le contó que los Estados Unidos le había pedido a la Novacap una excepción para que su lote número 1 pudiera ser mayor que los otros, y, para evitar celos, se determinó no sólo que todos serían iguales, sino también que el del número 1 pasaría a ser el de la Santa Fe, por ser Brasil un país católico, el de número 2 le correspondería al descubridor y colonizador de Brasil, Portugal, y el de número 3 a los Estados Unidos, primer país que había reconocido al Brasil independiente.

Esta vez papá quería que yo cronometrara el desfile de todos los acontecimientos del día. ¿Puedo llevar a Tufão? No, habría una multitud, y Tufão se perdería, era mejor dejarlo en casa, donde en un rincón pondríamos agua y comida, que no me preocupara, él no se escaparía.

Mi memoria puede fallar, pero en aquel día 20 de abril me acuerdo de Valdivino en los mínimos detalles, en su voz mansa y en su modo frágil y delicado de ser. A las cinco de la tarde, fui con él, papá, tía Matilde y Roberto a presenciar la ceremonia de entrega de las llaves de la ciudad por el presidente de la Novacap, Israel Pinheiro, al presidente JK. Valdivino, inquieto, aguardaba la presencia de la mujer de su vida, de quien siempre creaba misterio y

sobre quien no dejaba de hablar, una mujer más importante que el Papa, la única capaz de sacramentar el nacimiento de la nueva civilización ©

*Traducción: Aileen El-Kadi*



# Cidade livre

## João Almino

### Fragmento 1 de *Cidade Livre*

Em seu estado e já com oitenta e dois anos, papai, quando esquecia de um detalhe, inventava outros e até fabricava datas precisas, mas eu mesmo também fui testemunha de muita coisa quando morei na Cidade Livre dos seis aos dez anos de idade, antes de me mudar com tia Francisca para uma das casinhas da W-3 Sul no Plano Piloto, e podia, portanto, completar e corrigir a memória de papai com a minha, bastando, para começar a construir a história, preencher as frases secas que ouvia dele com sol, poeira, lágrimas e medo, e também com tudo o mais com que se devia fazer uma história da Cidade Livre: com máquinas e tratores, com betoneiras, escavadeiras, motoniveladoras, rolos Tander, usinas volumétricas, guindastes, com estacas Franki perfurando o chão, com simples tábuas de madeira e também com noites, bares e prostitutas. Uma história que eu podia contar como epopéia de homens e máquinas criando uma nova cidade, candangos, muitos candangos, sobretudo homens que chegavam sem suas mulheres com a esperança de serem fichados nas empresas construtoras, trazendo malas de madeira ou trouxas, um caneco de alumínio e uma faca presos no cinturão, como era o hábito de Valdivino.

Faz seis meses que papai morreu e que decidi concluir o livro, meses que às vezes têm coberto de luto estas palavras, e outras vezes me ajudado a escavar do esquecimento alguns brilhos de vida, enquanto cato frases no deserto, a ponto de meus amigos do jornal terem notado minha indiferença para com as discussões políticas do momento – logo eu, que já fui tão inconformado e combativo. Minha vida se passa em dois planos distintos: levo os meninos para a escola, chamo o encanador para consertar a torneira da pia, limpo a piscina e, ao mesmo tempo, é como se estivesse vivendo num mundo outro, de história única e eterna, que

ainda não conheço completa e que eu mesmo vou procurando compor.

Com este capítulo quase escrito e outros a caminho, cheios de notas e partes já escritas, fico sentado à mesa da varanda, apoiando meus cotovelos em seu tampo de vidro, fumando meu cachimbo, bebendo café ou tomando Campari, a ouvir sapos no começo da noite, lembrando-me de outros sapos, e de repente uma mortalha cobre tudo, até mesmo a bela paisagem à minha frente, e esta história começa a azedar. Paro, respiro o ar lá fora, vejo as luzes da cidade a brilhar sobre o lago, vasculho noutro canto das memórias e sigo noite adentro, desbastando caminhos de inquietação, às vezes por horas e horas sem avançar uma linha. Noutras tento conter as torrentes de palavras que descem desorganizadas de uma lembrança forte, como quando me contaram detalhes da possível morte de Valdivino, me senti traído por tia Francisca e saí de casa brigado com papai. O pior é que até agora o blog não serviu para nada, nenhum seguidor, nenhum comentário útil, talvez porque eu queira esconder a verdadeira razão para estar aqui escrevendo, razão só minha, de quem procura disfarçar nas palavras o sofrimento e o martírio humano, de quem foi abandonado por todos os deuses e ainda assim espera pelo renascimento e a descoberta, de quem sente-se culpado pela morte de seu pai. Mas não quero falar de mim, não sou tão louco quanto os médicos dizem, não sou paranoico nem estou fantasiando nada, minha loucura foi apenas temporária e disso já se vão muitos anos.

Houve uma época em que eu tinha oito anos e em que papai era meu modelo de grande homem, severo e justo nas decisões; uma época em que ele era culto, inteligente, sabia de tudo e me tratava como um filho de verdade, sua autoridade se exprimindo nos gestos enérgicos e nas frases curtas. As desgraças que haviam se abatido sobre ele antes de vir para a Cidade Livre não o haviam tornado amargo. Mas não o conheci de uma vez só, a imagem que fiz dele foi sendo composta ao longo dos anos e, mesmo agora, depois de sua morte, ainda não está completa. De um romance se esperaria que não houvesse dúvidas sobre os contornos morais dos personagens principais ou sobre fatos decisivos de suas vidas e por isso ainda bem que nada romanceio e devo me contentar

com o que sei. Para que tentar corrigir no papel o que na vida esteve errado? Para que forjar uma resposta para o que se apresenta apenas e sempre como incógnita?

Se eu pudesse continuava a conversa com papai. Sinto a falta dele, e meu coração mistura sentimentos que não deveriam estar misturados, de ternura e ódio, enquanto fico remoendo suas palavras, e um vento forte bate nas palmeiras, segredando suposições e me ajudando a martelar o teclado do computador.

Olho para o fundo do jardim, onde, no escuro, árvores baixas, que plantei há um ano, agitam-se nervosas. Vejo um vulto. Papai! chamo. Silêncio. Ainda ouço sua voz, como eco, lá no fundo de meu medo. O que ele diz? Repete a versão de Íris: Valdivino nunca morreu. Já não protesto, a raiva de antigamente, revisitada, é só lembrança de raiva, aceito o que ele diz, com sua voz frágil e doente, carregada pelo vento. Papai! chamo novamente e me caem lágrimas dos olhos, enquanto rodopia em minha cabeça um turbilhão de imagens, de idéias e de sentimentos contraditórios e então me vejo criança, o menino chorão de quem tia Francisca reclamava, antes de acariciar em seu colo.

Logo depois que se apagavam as luzes do gerador, eu fechava os olhos, nunca conseguia ver o bicho do sono que tia Francisca me dizia que vinha me por para dormir e temia que Valdivino me aparecesse e me culpasse por sua morte. Criança tem dessas coisas, ele aparecia no meu medo com seu jeito tímido e supersticioso, fazendo suas perguntas sem sentido, chorando por qualquer coisa, chorando tanto num dos meus sonhos que ao meu redor se formava uma piscina de lágrimas, e ainda assim eu não me emocionava. Mas estaria ele morto?

Minha insônia de hoje é o prolongamento daquelas horas quando, na escuridão da noite, eu ouvia barulhos de bêbados pela rua, os latidos de meu cachorro Tufão, as araras que moravam no fundo da casa ou alguma coruja solitária, e abria os olhos para o caleidoscópio de cinzas e negros que desenhavam monstros nas paredes.

Para dar vida à história, bastava eu me transpor para um dia de minha infância, me imaginar no meio de uma avenida da Cidade Livre e então veria minhas tias desfilando suas formas e trejeitos, Valdivino sentado em frente a uma mesinha transcrevendo cartas,

papai conversando na porta de um bar, uma menina de tranças e olhos negros andando de bicicleta, Tufão me seguindo, e veria o colorido das lojas, dos prédios de madeira, carros gordinhos e pretos estacionados na lateral com seus pneus exibindo círculos brancos, e então subiria um cheiro de gasolina, de óleo, de monturos e bostas de cavalo, e apareceriam em tela grande e colorida histórias de crimes, pecados, desesperos e grandes futuros.

Olho para um dia de minha infância e vejo três personagens masculinos conversando em frente à nossa casa, para onde tia Francisca acaba de trazer algumas cadeiras, e nem preciso descrever para vocês a casa de madeira e sem calçada igual a tantas outras que se vêem nas fotografias daquele tempo, em frente à qual, eu dizia, os três personagens conversam conversas silenciosas, gesticulam frases, enunciam palavras que não ouço ou, se ouço, não entendo e, se entendo, não me interessam, um deles de rosto oval, branco e bem barbeado, com alguma marca de desgosto, olhar agudo e jocoso, expressão de homem bem sucedido, que acumulou experiências pela vida. Tufão está sentado a seu lado, ouvindo suas conversas de orelha em pé. É papai.

O segundo, com mãos para trás das quais desce o chapéu, tem um corpo musculoso e bem moldado, ar firme e franco em seu rosto queimado de sol, bigodes bem aparados, e quem o olhasse sentiria inveja de sua aparência feliz. É Roberto, quando ainda não se sabia se seria namorado de tia Francisca ou de tia Matilde.

O terceiro, de uma simplicidade tosca, com um chapéu grande demais para sua cabeça pequena, é conversador, parece inteligente e é o único com esporas nas botas, tendo chegado montado num burro, mas, se atrai minha atenção, é por sua fragilidade. Quando tira as mãos dos bolsos, gesticula sem parar, balança-se para frente e para trás sobre suas pernas de cambito e dá a impressão de que sairá voando se soprado pelo vento. Os outros dois, quando passam por ele, o olham de cima para baixo. Pela descrição vocês já terão adivinhado: é Valdivino.

Que saudades são essas que sentimos de uma felicidade inventada pela lembrança? Não, não é de hoje minha desconfiança nem minha dúvida, que já estavam lá nos meus tempos de menino, mas tive de esperar vários anos para percebê-las. Meus desejos mudaram, minhas aspirações são outras, já fui bem suce-

dido antes de perder quase tudo, mas as horas passam da mesma forma em outros relógios, e o sol, diante das construções que encheram a paisagem, pinta com as mesmas cores a manhã e as esconde igualmente no crespúsculo. Você, meu único e fiel seguidor do blog, tem razão, por que remexer no que está quieto e esquecido?

Naquela primeira noite em que reencontrei papai para tirar minhas dúvidas, ele negou o assassinato de Valdivino, era delicado para mim ressuscitar a velha suspeita, e era melhor, ele me disse, acreditarmos na versão da profetisa do Jardim da Salvação, Íris Quelemém, de que Valdivino não havia morrido e talvez nunca viesse a morrer, sempre fora um insone e um sonâmbulo, ainda andava solto, caminhando dia e noite pela floresta, em busca de Z, a cidade perdida. Deixa isso pra lá, João, são águas passadas.

Às vezes, quando eu ficava recolhido a meus devaneios, me invadia a memória nossa vida na Cidade Livre, feita de lugares e cenas, bem como de histórias de papai, de minhas tias e de outros personagens à nossa volta – entre eles, principalmente Valdivino - , as coisas, fatos e pessoas de minha infância dispostos como numa enorme fotografia de família ou como num tabuleiro distante onde a variedade já se havia desfeito na uniformidade imposta pelo tempo. Somente papai podia, pela primeira vez, reorganizar as peças daquele tabuleiro e retirar da imobilidade a minha memória. É que ele não está morto, ninguém o matou, papai me respondia, está viajando ou apenas dormindo, como Íris disse.

## Fragmento 2: «Segunda noite: De corpo e alma»

Na segunda noite, quando procurei papai para completar minha história da Cidade Livre, ele me lembrou, entre quatro paredes de um branco sujo, que poucos dias antes da inauguração de Brasília e, portanto, do presumido assassinato de Valdivino, havia reunido tudo o que escrevera desde que chegáramos em 1956, juntando ali também depoimentos que ele pudera colher de gente famosa sobre a cidade em construção, e escrevera um artigo, o seu primeiro, com o qual pretendia marcar a data.

Achava que era chegado, com Brasília, o seu momento de glória, sobretudo porque, desde abril do ano anterior, depois de tentativas frustradas, havia conseguido obter algum reconhecimento da assessoria do presidente para sua atividade de acompanhar os visitantes ilustres, recebendo a autorização para fazê-lo em duas ocasiões, quando haviam estado em Brasília o Primeiro-Ministro cubano Fidel Castro Ruz e o escritor e Ministro da Cultura da França André Malraux. Preparara, então, aquela matéria, que em papel amarelado encontrei entre os documentos desenterrados, e a enviara para um jornal carioca e também para *A Tribuna*, um semanário que havia sido fundado na Cidade Livre em 1958.

Papai não conseguira colher uma só frase da conversa entre JK e Fidel Castro, na biblioteca do Palácio da Alvorada, no dia treze de abril de 1959, e o que servira de base a seu artigo fora o relato de JK que ele ouvira de terceiros e transcrevera minuciosamente num dos cadernos *Avante* que eu consultei. E fez muitíssimo bem, dizia, assertiva, tia Matilde, a propósito de Fidel, ao ler que JK não conseguira dialogar com ele sobre a Operação Pan-Americana, porque ele, nas palavras de JK, «não compreende o diálogo», «é homem de monólogo», falara durante duas horas sem parar e, quando o presidente brasileiro tentou interrompê-lo para o almoço à uma da tarde ou ensaiava levantar-se, Fidel segurava-o pelo braço e falava com maior veemência, o que fez com que o almoço só terminasse três horas depois. O presidente devia ter aproveitado para aprender pelo menos o beabá sobre o comunismo e a revolução cubana, provocava tia Matilde, ao que papai contestava, Mas eu ouvi no rádio, uma semana depois que Fidel saiu daqui, que ele nos EUA esclareceu o mal-entendido dizendo ao Vice-presidente Nixon: «sei que o mundo pensa que somos comunistas, e eu tenho dito muito claramente que não somos comunistas; muito claramente» – papai enfatizava com seu tom de voz as palavras «não somos» e «muito claramente», Mas isso foi na pré-história, retrucava tia Matilde.

Creio que foi por aquela época que tia Matilde começou a tomar gosto pela idéia de revolução, influenciada por Roberto e acompanhando as notícias sobre as ligas camponesas do Nordeste e, embora naquela época eu não entendesse seus pontos de vista, um dia eles vieram a selar minha aproximação dela. Tia

Francisca procurava afastá-la daquela idéia, Querem destruir tudo, tomar de uns para dar aos outros, E você, que é tão religiosa, devia concordar, pois é isso que a religião ensina, Não com destruição nem com violência, não é tomando nada à força de quem tem, Eu queria ver uma revolução, eu dizia, ao que papai retorquia, Não fale bobagem, João, isso é maluquice da sua tia, as leis devem ser respeitadas, para isso que existe o direito de propriedade, ninguém vai tomar de mim o que tenho, Mas você não é latifundiário, não tem o que temer, afirmava tia Matilde, Numa revolução, nem Roberto se salvaria, ia ser guilhotinado, como na França, previa tia Francisca, Os tempos são outros, dizia tia Matilde, Bom, seria fuzilado, corrigia tia Francisca, Isso é da boca pra fora, é teoria, ela não pode estar falando sério, faz isso para provocar a gente, ela tem uma vida confortável, não vai querer perder seu conforto, provocava papai, A família de Roberto tem terras, então essa posição dele é para inglês ver, ele não vai querer perder sua herança, quer apenas se divertir e nos divertir com suas idéias, acrescentava tia Francisca.

Quando falava em revolução, Roberto discordava de tia Matilde, pois para ele a economia não estava em colapso nem o Estado em completa falência, não vivíamos a crise final do capitalismo, nem a corrupção era tão grande assim, ele tinha simpatia pelo governo, Não dá para ficar acreditando em tudo quanto é boato que aparece por aí, Matilde, me diga quem são os corruptos? Estamos numa canoa furada, Roberto, insistia tia Matilde.

É certo que, mais dia menos dia, aqui também vai haver uma revolução, concluía tia Matilde. Ia ser uma desgraça, afirmava tia Francisca. Os capitais sumiam, a indústria acabava, aí sim é que a economia ia para as cucuias, para que serve distribuir pobreza? argumentava papai, para quem o que importavam eram suas próprias contas: se ele tinha lucro, a economia e o país iam bem. Podia ser no começo, mas depois vinha o progresso, como aconteceu na União Soviética, tia Matilde respondia. O comunismo nunca ia prosperar no Brasil, o nosso temperamento não é para isso, contestava tia Francisca. Naquela época eu me sentia mais próximo de tia Francisca do que de tia Matilde e achava que tia Francisca, e não tia Matilde, estava com a razão, exatamente o oposto do que ocorreu anos depois, quando, já adulto, reencon-

trei tia Matilde em circunstâncias que a criança ainda não podia imaginar.

O artigo de papai, que não refletia toda a riqueza daquela discussão, reproduzia a frase que Fidel, segundo contou JK, teria pronunciado com certa emoção no helicóptero a caminho do aeroporto ao ver de cima a cidade em construção: «É uma felicidade ser jovem neste país, presidente.» Já os discursos de André Malraux, de 25 de agosto daquele mesmo ano de 1959, papai pudera transcrever quase na íntegra, deles citando que Brasília era «a cidade mais audaciosa que o Ocidente já concebeu» e «a primeira das capitais da nova civilização.» No mesmo artigo, papai dava a entender que acompanhara Georges Mathieu na visita que aquele pintor francês fizera a Brasília em 17 de novembro de 1959, quando se referira à construção de Brasília como «o nascimento de um milagre» e a «uma das maiores epopéias da história dos homens, talvez a maior... Se Valéry tivesse visto Brasília, talvez duvidasse da mortalidade das civilizações. Depois de sete séculos, no curso dos quais a busca da evidência nos escondeu a verdade, nosso Ocidente reencontra o caminho de sua verdadeira vocação, pela rota de Brasília. Nunca o mundo teve tantas razões de esperanças como tem hoje covosco, brasileiros!» Finalmente, papai encerrava seu artigo citando as palavras que o crítico de arte José Gudiol pronunciara em setembro de 1959: «Brasília não é apenas o maior empreendimento levado a efeito em nosso mundo, mas uma louvável tentativa para encontrar o caminho da liberdade internacional da humanidade.» Aquele era o objetivo maior, papai repetia para tia Matilde, quando ela o provocava com suas críticas: a liberdade internacional da humanidade. E eu acredito nisso! ela dizia, irônica.

A matéria não teve repercussão, mas explica por que papai tenha conseguido ser convidado como jornalista para a inauguração do primeiro grande jornal de Brasília e também para a festa que teria lugar no Palácio do Planalto na noite do dia 21 de abril.

Um dia antes da inauguração, na manhã em que despertei sonhando com os peitos de tia Matilde, papai me forçara a ler seu artigo e tinha me dito, João, um dia você vai entender, você tem que assistir à festa da inauguração de Brasília, aqui está se fazendo história. E então me dera de presente, além de uma camisa de

linho branca, um relógio, meu primeiro relógio –um segundeiro suíço marca Bulova–, para que eu me lembrasse exatamente a que horas cada cerimônia acontecia. Isso nunca mais vai se repetir, preste atenção em tudo o que vai acontecer nesses próximos dois dias, você vai entender, este presente é melhor do que uma bicicleta – e logo me vi exibindo-o à menina de trança numa rua da Velhacap.

De outras vezes papai me havia recomendado que gravasse datas que ele considerava marcos da construção da cidade ou então me dizia, João, grave esta história, e narrava fatos chegados a seu conhecimento, como quando Sayão lhe contou que os Estados Unidos haviam pedido à Novacap uma exceção para que seu lote número 1 pudesse ser maior do que os outros e, para evitar ciúmes, ficou determinado não apenas que todos seriam iguais, mas também que o de número 1 passaria a ser o da Santa Sé, por ser o Brasil um país católico, o de número 2 caberia ao descobridor e colonizador do Brasil, Portugal, e o de número 3 aos Estados Unidos, primeiro país que reconhecera o Brasil independente.

Desta vez papai queria que eu cronometrasse o desfilar de todos os acontecimentos do dia. Posso levar Tufão? Não, haveria uma multidão, e Tufão se perderia, era melhor deixá-lo em casa, onde num canto colocaríamos água e comida, não me preocupasse, ele não fugiria.

Minha memória pode ser falha, mas naquele dia 20 de abril lembro-me de Valdivino nos mínimos detalhes, na sua voz mansa e no seu jeito franzino e delicado de ser. Às cinco da tarde, fui com ele, papai, tia Matilde e Roberto assistir à cerimônia da entrega das chaves da cidade pelo presidente da Novacap, Israel Pinheiro, ao presidente JK. Valdivino, inquieto, aguardava a presença da mulher da sua vida, em torno de quem sempre fazia mistério e em quem não deixava de falar, uma mulher mais importante do que o papa, a única capaz de sacramentar o nascimento da nova civilização